

CAPITULO III.

REBELION DE OLID.—TERRIBLE MARCHA A HONDURAS.—SUPPLICIO DE GUATEMOTZIN.—DOÑA MARINA.—LLEGADA A HONDURAS.

En el capítulo anterior hemos visto que Cristóbal de Olid había sido mandado por Cortés para establecer una colonia en Honduras, cuya expedición tuvo tales consecuencias que no pudieron preverse. Olid, infatuado por el ejercicio del poder que se le había confiado, cuando llegó al lugar de su destino resolvió asumir una jurisdicción independiente, lisonjeándose que la distancia que lo separaba de Méjico, lo aseguraba de poderlo hacer con impunidad; mas juzgó muy mal del carácter de Cortés, suponiendo que habría ninguna distancia, por grande que fuese, bastante para escudar á un rebelde de su venganza.

Mucho tiempo se pasó ántes que el general recibiera la noticia de la rebelión de Olid; pero tan pronto como se aseguró del hecho, destacó para Honduras á un capitán pariente suyo, de toda su confianza, llamado Francisco de las Casas, con instrucciones de arrestar al desobediente oficial. Casas naufragó sobre la costa y cayó en las manos de Olid, pero afortunadamente logró insurreccionar la colonia, se apoderó de la persona de Olid, y decapitó á este desgraciado delincuente, en la plaza del mercado de Naco (1).

De estos acontecimientos Cortés supo solamente el naufragio de su enviado; y desde luego previó las trascendentales consecuencias que debía producir el ejemplo dado por Olid, mucho mas si quedaba impune su rebelión, así que en el acto determinó tomar por su cuenta este negocio, y trasladarse él mismo con una expedición á Honduras. Llevaba al mismo tiempo la mira de reconocer personalmente cuáles eran los recursos del país, que se tenían por cuantiosos en riqueza mineral, y quizá descubrir también el punto de comunicación entre los dos Océanos, empresa en que habían sido hasta entonces chasqueados los esfuerzos de los conquistadores españoles. Para dar este paso se hallaba urgido también, por la embarazosa posición en que se encontraba últimamente en la capital. Varios funcionarios habían sido enviados de la madre patria con el ostensible objeto de administrar las rentas de la colonia; pero eran en realidad unas espías de la conducta del general, causándole muchas pequeñas incomodidades, que mandaban á la corte los mas maliciosos informes sobre sus intenciones y procedimientos. De hecho Cortés tenía ménos poder ahora que había sido nombrado legalmente gobernador general del país, que ántes que carecía de toda autorización legal.

(1) Carta quinta de Cortés, Ms.

Las fuerzas españolas que llevó consigo, probablemente no excedían de cien hombres de caballería y cuarenta ó quizá cincuenta infantes, á los cuales se agregaban tres mil indios auxiliares (2). Entre ellos se encontraba Guatemotzin y el cacique de Tacuba con otros pocos de alto rango, cuya consideración con sus compatriotas los hacia formar un núcleo al derredor del cual podían reunirse los descontentos. La comitiva personal del general consistía en varios pajes jóvenes de buenas familias, y entre ellos Montejo, el futuro conquistador de Yucatán; un repostero, un mayordomo y varios músicos, bailarines, suertistas, juglares y bufones; séquito mas propio de un afeminado sátrapa de Oriente que no de un duro y valeroso caballero español (3). Sin embargo, la imputación de afeminación queda suficientemente refutada por la subsecuente terrible expedición que hicieron. Cortés emprendió su marcha el 12 de Octubre de 1524 (a). Al descender por los declives de la cordillera, varios de sus antiguos compañeros de armas salieron á encontrar á su gefe para darle una cordial bienvenida, y algunos dejaron sus posesiones para unirse á la expedición (4). En la provincia de Coatzacoalco, (Huazacoalco) hizo alto con objeto de recibir informes de los nativos de Tabasco acerca de su ruta. Estos le facilitaron un mapa que señalaba los principales lugares adonde los traficantes indígenas, que vagaban en estas silvestres regiones, tenían costumbre de tocar. Con la ayuda de este mapa, de una brújula y las guías que tomaba de cuando en cuando, se propuso atravesar el extenso y plano territorio que forma la base de Yucatán, y que se extiende desde el río de Coatzacoalco, hasta el cabo del golfo de Honduras. "Daré á Vuestra Magestad," así comienza su celebrada carta al emperador describiéndole esta expedición, "una relación completa, como es mi costumbre hacerlo, de los acontecimientos mas notables de mi viaje, cada uno de los cuales podría ser objeto de una separada comunicación." Cortés no exageraba en esto (5).

(2) Carta de Albornoz, Ms. Méjico, Diciembre 15 de 1525. Carta quinta de Cortés Ms. Los autores no convienen precisamente en cuanto al número, que probablemente variaba á cada paso de su marcha, al atravesar la mesa central del país.

(3) Bernal Diaz, Historia de la Conquista, cap. 174.

(a) No pudo ser la salida de Cortés de Méjico, hasta fin del mes de Octubre ó principios del siguiente. Vide Alaman, disertaciones, tom. I, fol. 197.

(4) Entre ellos fué el capitán Diaz, que no obstante lo agradable de su quinta que habitaba en la provincia de Coatzacoalco, tuvo que dejarla á su pesar para incorporarse á la expedición. "Cortés la mandaba y no nos atrevíamos á decir que nó" dice este veterano. Idem, cap. 175.

(5) Esta célebre carta, que nunca ha sido publicada, es generalmente conocida por la *carta quinta* de Cortés. Es tan larga como las mas de las cartas impresas del conquistador, y está escrita con la misma claridad y sencillez, en aquel estilo como de negocios ordinarios y tan llena de interés como cualesquiera de las anteriores. Da una noticia detallada de la expedición á Honduras, juntamente con todos los acontecimientos que acaecieron en el siguiente año. No tiene fecha, pero fué escrita probablemente desde Méjico en aquel año. El manuscrito original existe en la librería imperial de Viena, la cual, como el cetro alemán se hallaba en la misma mano que empuñaba el de Castilla, contiene muchos documentos preciosos para ilustrar la Historia de España.

Su marcha comenzó atrevesando un terreno bajo y pantanoso, interrumpido por numerosos arroyos que se reúnen para formar el río de Tabasco y otros que desembocan hácia el Norte en el golfo de Méjico. Los pequeños los pasaron vadeándolos ó en canoas, haciendo que los caballos tirados por la brida los siguieran á nado, y los mas caudalosos los atravesaron por medio de puentes flotantes. Para dar una idea de las dificultades que los españoles tuvieron que sufrir en este viaje, basta decir que tuvieron que construir mas de cincuenta de estos puentes en una distancia de ménos de cien millas, y que uno de ellos era de mas de novecientos pasos de largo (6). Sus trabajos eran mayores por la dificultad de encontrar víveres, porque los nativos frecuentemente á la aproximacion de los españoles quemaban sus chozas, dejando solamente á los exhaustos aventureros, un monton de humeantes escombros.

Inútil sería llenar ahora una página con los nombres de las ciudades de los indios que existian entónces en el camino que hizo el ejército, los que á mas de olvidados, no se encuentran ahora en ningun mapa del país (7). El primer lugar de consideracion adonde llegaron fué Iztapan, situado agradablemente en medio de una region feraz, á orillas de uno de los ríos tributarios del de Tabasco. Era tal la extremidad á que estaban reducidos los españoles en el trascurso de unas cuantas semanas, por el hambre y la fatiga, que al ver una poblacion en estas tristes soledades era saludada "por mis compañeros," dice Cortés, "con tales gritos de alegría, que sus ecos resonaban en los bosques vecinos." El ejército se hallaba cerca de la antigua ciudad del Palenque, objeto de tantas conjeturas en nuestros tiempos. En el pueblo de Las Tres Cruces, situado cosa de veinte ó treinta millas del Palenque, se dice que aun existen allí tres cruces puestas por los conquistadores, como un recuerdo de su paso por aquel lugar. Sin embargo de haber pasado á tan corta distancia, ninguna alusion hacen los españoles de la antigua capital. ¿Sería entónces la residencia de una nacion floreciente y populosa, tal como la que alguna vez habrá habitado aquella ciudad, juzgando por la extension y magnificencia de sus ruinas? ¿O sería ya un hacinamiento de antiguas ruinas, enterradas y ocultas por una vegetacion selvática al conocimiento de las poblaciones vecinas? Si lo primero, el silencio de Cortés no es fácil de explicarse.

(6) Es tierra muy baja y de muchas ciénegas, tanto que en tiempo de invierno no se puede andar ni se sube sino en canoas, y con pasarla yo en tiempo de seca, desde la entrada hasta la salida de ella, que puede haber veinte leguas, se hicieron mas de cincuenta puentes, que sin se facer, fuera imposible pasar." Carta quinta de Cortés, Ms.

(7) He examinado algunos mapas de los mas antiguos del país, por cosmógrafos españoles, franceses y holandeses, con el objeto de fijar la ruta de Cortés. La inestimable coleccion de estos mapas formada por el sabio aleman Ebeling, existe en la librería de la Universidad de Harvard. Apénas pude encontrar en ellos cuatro ó cinco lugares de los indicados por el general. Son los lugares mencionados en el texto, y aunque pocos, pueden servir para manifestar la direccion en general que siguió el ejército.

Al dejar los españoles á Iztapan atravesaron un país que ofrecia el mismo carácter bajo y cenagoso, interrumpido á veces por algunos pedazos cultivados, y lo demas cubierto de bosques de cedros y palo del Brasil que parecían interminables. La vegetacion era tan exuberante, que el follaje que colgaba de los árboles daba una sombra tan oscura, que, como dice Cortés, los soldados no veian donde ponian los piés (8). Y para mayores penas los guías se les desertaban frecuentemente; y si para rectificar su derrotero subian á la punta mas alta de los árboles, no veian otra cosa que la misma línea desconsoladora é interminable de ondulantes bosques. La brújula y el mapa eran los únicos recursos para salir de tan intrincado laberinto, por lo que Cortés con sus oficiales, entre quienes se contaba el constante Sandoval, extendia su carta en el suelo estudiando con ansiedad la direccion probable de su ruta. Entre tanto sus escasas provisiones se agotaban, teniendo los soldados que cabar la tierra para alimentarse con raices, ó buscar en los bosques bayas ó bellotas silvestres para mitigar su devorante apetito. Muchos de ellos se enfermaron, y gran número de los indios se quedaron en el camino, víctimas de la fatiga y de la hambre.

Cuando lograron al fin salir de estas malhadadas selvas, se encontraron con un río de gran profundidad y mucho mas ancho que los que hasta entónces habian atravesado. Los soldados desalentados comenzaron á murmurar contra su gefe, de que cada dia los metia mas y mas en unos inmensos desiertos donde no podrian menos que dejar los huesos.

En vano los alentaba Cortés á construir un puente flotante para pasar al lado opuesto; les parecia que era obra de imponderable magnitud, á la cual no eran ya suficientes sus extenuadas fuerzas. Más afortunado en sus persuasiones con los indios, éstos se prestaron al trabajo con sumision y obediencia, y avergonzados los españoles pusieron tambien manos á la obra con empeñosa decision, aunque muy extenuados por la fatiga, concluyéndola al fin del cuarto dia. Era en verdad el único medio para librarse de tan peligrosa situacion. El puente lo formaban mil piezas de madera, cada una del grueso del cuerpo de un hombre y de sesenta piés de largo (9). Cuando consideramos que la madera, al comen-zarse la obra, se hallaba aun formando parte de la selva, debemos confesar que este es un hecho digno de los españoles. Lo bien trabado de las vigas hacia que la obra tuviera tanta solidez, que nada, dice Cortés, solo el fuego podria destruirla. Esta obra fué la admiracion de los nativos, que venian de grandes distancias á verla, y "el puente de Cortés" permaneció por muchos años, como un monumento de la energía y perseverancia de aquel gefe.

(8) Donde se ponian los piés en el suelo, hácia arriba la claridad del cielo no se veia, tanta era la alteza y espesura de los árboles, que aunque se subian en algunos, no podian descubrir un tiro de piedra. Carta quinta de Cortés, Ms.

(9) "Porque lleva mas que mil vigas, que la menor es casi tan gorda como un cuerpo de hombre, y de nueve y diez varas de largo." Carta quinta de Cortés, Ms.

La llegada del ejército al lado opuesto del río les presentó nuevas dificultades; el terreno era tan flojo y saturado de agua, que los caballos se atascaban hasta el cincho, y algunas veces metiéndose en los tremedales quedaban casi enterados en el fango. Con mucha dificultad salían de estos atolladeros, y para lograrlo fué necesario cubrirlos con follaje y ramas de árboles: apareció afortunadamente un riachuelo en medio de este pantano que proporcionó á los fatigados animales el poder salir á nado (10).

Al salir de estas atascosas ciénegas se encontraron los españoles en un terreno elevado y que por su cultivo y campos cubiertos de maíz, *agi*, ó el pimientero del país y la *yuca*, indicaban la proximidad á la capital de la fértil provincia de Aculan. Esto fué al principio de la cuaresma de 1525, periodo memorable por un suceso cuyos particulares daré, tomándolos de la narracion de Cortés.

En este lugar descubrió al general un indio de los que lo acompañaban que se tramaba una conspiracion por Guatemotzin, el cacique de Tacuba y algunos de los principales indios nobles, para matar á los españoles: que para lograrlo se aprovecharian del momento en que el ejército se hallase embarazado pasando algun desfiladero ó pantano, como los que acababan de atravesar con tanta dificultad, donde atacándolos en posicion tan desventajosa, seria fácil hacerlos sucumbir bajo el mayor número de mejicanos: que despues de la destruccion de las tropas, los indios continuarían su marcha á Honduras con objeto de destruir allí las posesiones españolas. Calculaban que este suceso ocasionaria una sublevacion en la capital y á continuacion en todo el país, hasta que hubieran concluido con el último de los españoles, y echándose entónces sobre los buques en la costa, se asegurarían de que estas noticias no llegarían del otro lado del mar.

Tan pronto como supo Cortés los detalles de esta formidable trama, mandó arrestar á Guatemotzin y á los principales señores aztecas que lo acompañaban. Estos confesaron el hecho de la conspiracion, pero alegaron que habia sido proyectada por Guatemotzin, y que ellos habian rehusado entrar en ella. Guatemotzin y el cacique de Tacuba, ni confesaban ni negaban la verdad de la acusacion manteniendo un obstinado silencio. Tal es el informe que da Cor-

(10) "Pasada toda la gente y caballos del otro lado del ancon, dimos luego en una gran ciénega que duraba bien tres tiros de ballesta, la cosa mas espantosa que jamas las gentes vieron, donde todos los caballos desensillados se sumieron hasta las orejas sin parecerse otra cosa, y querer forcejear á salir, sumíanse mas, de manera que allí perdimos toda la esperanza de poder escapar caballos ningunos; pero todavia comenzamos á trabajar y á componerles haces de yerbas y ramas grandes debajo, sobre que se sostuviesen y no se sumiesen, remediábanse algo, y andando trabajando yendo y viniendo de la una parte á la otra, abrióse por medio de un callejon de agua y cieno, que los caballos comenzaron algo á nadar, y con esto plugó á nuestro Señor que salieron todos sin peligro ninguno." Carta quinta de Cortés, Ms.

tés (11). Bernal Diaz, sin embargo, que fué de esta expedicion, asegura que tanto Guatemotzin como el cacique de Tacuba sostuvieron que eran inocentes, reconociendo no obstante que algunas veces habian lamentado los padecimientos que sufrían, diciendo que era preferible la muerte á ver perecer diariamente á su lado tantos de los suyos. Confesaron igualmente que los aztecas habian discutido un proyecto de sublevacion contra los españoles; pero que desde el principio Guatemotzin lo habia desaprobado, asegurando que ningun plan habria tenido efecto sin su conocimiento y aprobacion (12). De nada sirvieron estas protestas á los desgraciados príncipes; porque satisfecho Cortés ó aparentando estarlo de la existencia del delito, inmediatamente mandó ejecutarlos.

Al llegar Guatemotzin al árbol fatal del suplicio, manifestó aquella intrépida resolucion digna de sus mejores dias. "Yo sabia, dijo, lo que era fiarme de tus falsas promesas, Malínche; conocia que este era el fin que me reservabas, ya que no sucumbí por mis propias manos cuando entraste en mi capital de Tenochtitlan. ¿Por qué se me da muerte tan injustamente? Quiera Dios tomarte cuenta de ello! (13). El cacique de Tacuba protestaba tambien su inocencia, manifestando sin embargo que no deseaba otra suerte que aquella de morir al lado de su señor. Los desgraciados príncipes en compañía de uno ó mas de los nobles (pues el número es incierto), fueron ahorcados de las ramas de una ceiba á la orilla del camino (14).

Tal fué el triste fin de Guatemotzin, último emperador de los aztecas, y aun mas propiamente podriamos llamarle, "el último de los aztecas," pues desde aquel momento el resto de la nacion se encontró sin cabeza y desmayó en valor, sometiéndose casi sin esfuerzo alguno al duro yugo de sus opresores. Entre todos los nombres de los príncipes bárbaros, no hay uno que merezca ser colocado en el catálogo de la fama ántes del de Guatemotzin. Era aun joven, y aunque su carrera pública no fué larga, sí fué muy gloriosa. Subió al trono en los últimos y tumultuosos momentos de la monarquía, y cuando las coligadas naciones de Anáhuac y los feroces europeos amenazaban ya las puertas de la

(11) Carta quinta de Cortés, Ms.

(12) Historia de la Conquista, cap. 177.

(13) Ibid, ubi supra.

(14) Según Diaz, tanto Guatemotzin como el príncipe de Tacuba, se habian convertido á la religion de sus conquistadores, y ántes de su ejecucion se confesaron con un religioso franciscano. La misma autoridad nos asegura tambien "que para indios eran muy buenos cristianos y creían bien y sinceramente." (Ibid. loc. cit.) No puede uno menos que recordar los últimos momentos de Caupolican, convertido al cristianismo por los mismos hombres que lo ataron al madero del suplicio. Véase esta escena pintada con los terribles colores de una mano maestra en la Araucana, canto 34.